

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

La Victoria

AUTORA: FEDERICA MONTSENY

Acaba de ponerse a la venta esta novela de gran trascendencia femenina. En ella se abordan atrevidamente los más palpitantes problemas de la moderna personalidad :: de la mujer ::

Un volumen de más de 200 páginas, 2 ptas.

La Revista Blanca

PUBLICACION QUINCENAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Oliveras, 30 — Barcelona-Guinardó

Esta Revista se compone de cuarenta páginas de nutrido y ameno texto y tiene corresponsales en Madrid, Roma, Berlín, París y Londres ya se tratan los temas nacionales e internacionales de política, sociología, ciencia y arte de actualidad :: ::

NUMERO SUELTO: 50 CENTIMOS

LA NOVELA IDAL



C.D.H.S.-A.E.P.

Barcelona

EL ARREO

15 NÚMERO 13 15
CENTIMOS

¡AL JABALÍ!

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

LOS GRANDES DELINCUENTES

AUTOR: FEDERICO URALES

*Novela sobre las luchas ideales
de nuestros días*

Ejemplar: 0'85 ptas.

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Sembrando flores

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela de una vida ideal

De la cuarta edición, 1'25 ptas. ejemplar; de la
quinta: 2 ptas.; magníficamente encuadrada
en tela: 3'50 ptas.

LA NOVELA IDEAL

Número 13

EL ARREO

POR

Solano Palacio

007861

¡AL JABALI!

POR

Salvador Cordón



Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Oliveras, 30, Barcelona (Guinardó)

:: VOLUMENES PUBLICADOS ::

1. MI AMIGO JULIO, de Adrián del Valle.
2. FLORECIMIENTO, de Federica Montseny.
3. ABNEGACION, de José Sanjurjo.
4. ¡HERMANOS!, de Salvador Cerdón.
5. LAS SANTAS, de Federica Montseny.
6. MI HERMANA, de José Martín.
7. EL REDENTOR, de Isaac Pacheco.
8. ¡ENGAÑADA!, de Federico Urales.
9. EL CACIQUE, de F. Barthe.
10. JUBILOSA, de Adrián del Valle.
11. EL HIJO DE NADIE, de Federico Urales.
12. EL AMOR NUEVO, de Federica Montseny.
13. { EL ARREO, de Solano Palacio.
AL JABALI, de Salvador Cerdón.

La próxima novela se titulará MADRE, de Antonia Maymón.

EL ARREO

C.D.E.S. - A.E.P.
Barcelona

I

Había llegado mayo despiadado, con sus días cortos y lóbregos, sus vientos fríos y sus terribles heladas. El sol apenas aparecía en el horizonte, para luego hundirse en el mismo lugar como una aparición fantástica; los vendavales se sucedían con cortas intermitencias; las altas planicies estaban cubiertas con la peculiar sábana blanca, efecto de las primeras nevadas, propias de los inviernos australes, donde, si bien es cierto que en el verano apenas si se conoce la noche, en el invierno se vive en una eterna, cuyo quietismo entorpece las facultades musculares, sobrecogiéndonos el ánimo de un modo inexplicable. Nuestra naturaleza se presta a esta aparente muerte que nos rodea, se podría decir que al igual que los arbustos nevados en la inmensidad del desierto solitario y rígido como un cadáver, todo nuestro ser siente una depresión moral de muerte y desolación. Los hacendados habían hecho acopio de la leña y los víveres necesarios para pasar el invierno, y daban el último baño a sus ovejas, para echarlas a los campos bajos de la costa a fin de salvarlas de una muerte segura.

En las secciones (1) situadas en las altas planicies

(1) En la Patagonia se denomina «sección» lo que «tinado» en Castilla, o sea, una sucursal del establecimiento o estancia. En algunas de estas secciones suele haber baño para las ovejas y un vigilante.

quedaba solamente el encargado. Se despachaban todos los peones de los establecimientos de campo. Estos obreros que durante el verano habían trabajado como bestias en la *marca* (2), durmiendo a la intemperie y comiendo una miserable bazofia, con más tierra que ingredientes saludables, trabajando catorce horas por el sueldo irrisorio de cinco libras esterlinas al mes, eran despedidos en el de mayo, estafándoles de nuevo el producto del trabajo en las casas de cambio, al reducirles los cheques de libras esterlinas a valores nacionales.

Desde ese día, se verían obligados a llevar durante cinco o seis meses la vida nómada, miserable y aventurera del gitano, alojando hoy acá y mañana allá, sin otro alimento que la carne y el mate amargo, y para mayor mal de estos obreros, forzados a la inacción, se les cargaba el sambenito de *atorrantes* (3).

Las barracas que durante el verano habían alojado en fétida promiscuidad a los trabajadores, quedaban desalojadas, y los campos abandonados; solo en su cómoda morada, el amo se guarecía con el orgullo del monarca que mira desde el pináculo de la opulencia el estado miserable de sus vastos dominios. Algunos establecimientos tenían secciones a muchas leguas de distancia; y apenas llegaba la primavera llevaban los rebaños a apacentar en aquellas vastas extensiones y en el invierno los bajaban hacia la costa. Este trabajo del transporte de rebaños quedaba a cargo de los ovejeros, sin percibir otra retribución que el sueldo ordinario. En estos arreos, al través de las pampas patagónicas, los hombres establecían guardias durante la noche, turnándose para rondar los rebaños, siéndoles por lo tanto imposible entregarse al reposo.

En una de las muchas secciones que quedaban du-

(2) A la señalada de ovejas le llaman *marca*. Este trabajo y el esquileo son los trabajos más penosos. Los trabajos se hacen a campo libre y se pernoca y se cocina del mismo modo, cambiando diariamente los rediles y los campamentos. El agua que se bebe suele ser de charcas putrefactas y salobres.

(3) Vago.

rante el invierno abandonadas, habían de bañar las ovejas, con el fin de evitar el contagio de la sarna, y necesitaban bajar lo más pronto posible los rebaños a los campos bajos de la costa. Sabían todos los trabajadores que no tenían más trabajo ni modo de *pasar el tiempo* una vez terminada la ruda faena del baño, y que, una vez terminado el trabajo, no les sería permitido estar en el establecimiento ni un día más; empero trabajaron hasta el fin, no sin sordas protestas, que era presagio de descontento.

Terminado que fué el baño de las ovejas, el capataz arregló la cuenta a todos los trabajadores, exceptuando a dos ovejeros a quienes llamó al despacho y les dijo:

—Vosotros vais para la Costa con el *piño* (4), y ya os arreglarán allá vuestra cuenta.

Era de todos sabido que los arreadores de ganado bovino ganaban diez pesos por día en el verano; mas este secuaz de los reyes de la lana les mandaba realizar este trabajo en el invierno, sin otro subsidio que el mísero sueldo.

Calláronse ambos ovejeros con ese silencio cobarde que es el síntoma más elocuente de nuestra interior protesta, mientras que el capataz seguía diciendo con voz autoritaria de mandarín solapado:

—Procuren llegar lo más pronto posible y no perder animales; después tienen tiempo de descansar.

En efecto, después de terminada la misión, descansarían con paro forzoso todo el invierno. Uno de los ovejeros, que se llamaba Marcos Montálvez, era hombre de mundo, y a juzgar por lo que de él sus compañeros decían, de ideas avanzadas; lo contrario Justo Cárdenas, el otro ovejero, de treinta años de edad, que era refractario por su incultura a todo movimiento de protesta.

Mientras el capataz seguía hablando, callaban ellos, y este silencio lo traducía él en una obediencia ciega, pues no se había parado un momento en pensar que aquellos hombres pudieran sentir hambre, frío y sed; para él, como para la generalidad de los amos, el esclavo no debe tener ninguna aspiración que no se enca-

(4) Rebaño de ovejas.

mine a cuidar de sus intereses; por eso les decía que cuidasen de llegar pronto y no perder ovejas en el camino, pero no les mandaba llevar provisiones, ni cuidarse del tiempo, que evidentemente amenazaba con próximos vendavales.

—Sobre llegar pronto—dijo Montálvez con lentitud,—haremos lo que podamos; pero antes de partir vamos a ver si nos arreglamos.

—¿Arreglar qué?—dijo el capataz como extrañado.—¡Como si fueseis a una excursión al Polo! ¿Qué otra cosa necesitáis más que hierba-mate y sal? ¡Eso os lo daré mañana!

—Necesitamos otra cosa — replicó Montálvez simplemente.

—¿Qué cosa es ésa?

—Saber lo que vamos ganando.

—¡Otra! ¿Cuánto queréis ganar? ¿No se os paga el sueldo?

—Sí, pero eso no basta.

—¡Hola! Conque no basta, ¿eh? Porque veis que estoy necesitado de gente queréis ahorcarme, ¿eh?... Bueno, bueno; lo que no conviene, se deja. ¿Estamos?

—Bueno.

—¡Bueno o malo! ¡Ya hemos hablado bastante! ¡Salgan de aquí!—dijo el mandarin, ofendido por el laconismo e indiferencia con que Montálvez había formulado la última palabra.

Salieron del mal llamado despacho los dos ovejeros; Marcos Montálvez, con la frente alta y la mirada airosa, que parecía lanzar un reto al capital, representado en aquella apartada región por aquel hombre malo. Al traspasar el dintel de la puerta se volvió para lanzar al monaguillo del capitalismo una mirada de desprecio. Justo Cárdenas le siguió encorvado y sumiso como la bestia que sigue al amo por el temor al látigo. De no estar en presencia de Marcos, de buena gana se hubiera ofrecido a bajar el arreo, pero tenía miedo. Aquel tipo cosmopolita de largo pelambre, que leía unos papeles subversivos y unos libretos que hablaban del capital, la sociedad y el gobierno, infundía cierto temor en el ánimo del pobre Justo. Llegaron a la barraca sucia y mal oliente que les servía de vivienda y Marcos contó

lo acaecido con el capataz, lanzando este apóstrofe al final:

—Como veis, la avaricia de ese servil vasallo del capital es tan grande, que por no pagar unos pesos más prefiere exponerse a que se mueran las ovejas en los corrales, si no las lleva él. Pues que se le mueran o que las arree él mismo, y así podrá ver lo que vale ese trabajo y lo que valemós nosotros. Ya sabéis lo que pasa. Cuidado con que ninguno de vosotros se deje engañar por sus falsas promesas, porque ahora os vendrá a buscar.

—Muy bien—dijo uno que estaba preparando los aperos para ensillar su caballo;—que baje él mismo con el arreo y así sabrá lo que es bueno.

Justo calló, mientras los demás daban su asentimiento con pequeños movimientos de cabeza.

A fuera el viento silbaba, levantando la nieve, que, desmenuzada y arrastrada por el torbellino, penetraba por entre las planchas de cinc. Pronto cambió la conversación. Se habló del tiempo, de la próxima temporada que pasarían en los campamentos corriendo vacas y potros o cazando zorros, hasta la próxima primavera, cuando de nuevo los volvieran a emplear los estancieros.

En el corral o redil, resguardado apenas por una pequeña valla de postes y alambre, las ovejas se apretujaban unas contra las otras ateridas, mirando la puerta con mirada interrogadora y dulce, como si esperasen verla abierta de un momento a otro, para poder saltar libres por los campos; en los linderos de la estancia los perros ladraban a los zorros, los que, acosados por el hambre, se asomaban a la vecina loma, atraídos por el olor del asado. Obscurecía. La barraca se poblaba de sombras, de entre las cuales, como luciérnagas, brillaban acá y allá los cigarros, mientras el humo se elevaba en volutas, impregnando la atmósfera de un olor desagradable. Al par que oscurecía, languidecía la conversación e invadía los ánimos una melancolía extraña: la melancolía de los campos, de las nostalgias que se sienten en la soledad evocadora de recuerdos.

Aureaba. El viento, al estrellarse contra la barraca, producía roncós ruidos, entre los cuales se escuchaban gemidos prolongados y vibrantes como gritos o alaridos de desesperación unas veces, y aúllos vagos, dominados por el vendaval otras. Las nubes plomizas rodaban sombrías por el cielo gris, semejantes a fantasmas macilentos de la noche. Los caballos, atados a los palenques, buscaban refugio acurrucándose tras las bardas del corral; las ovejas tiritaban por el frío prolongado de tres días de encierro. Los trabajadores sacaban sus equipos de la barraca y enjabezaban los caballos con el silencio trágico del que se prepara para una batalla.

—¿Tú no ensillas?—preguntó Montálvez a Justo Cárdenas.—¿Qué haces por ahí dando vueltas hace más de media hora?

—Hay tiempo, hay tiempo...—contestó éste con displicencia.

—Lo que supongo es que tú buscas otra cosa..., pero ten cuidado...

—Otra cosa, ¿qué?

—Ya se verá.

Cortó esta conversación la presencia del capataz, quien llamó a uno de los peones de los que ya les había arreglado la cuenta, para decirle si quería ganar unos pesos, pues se trataba de una buena *changa* (5).

—Si conviene, ¿por qué no?

—¡Convenir! ¡Ya lo creo! Se trata de bajar con el arreo. Te pagaré cinco pesos por día.

—No—dijo éste;—es muy poco, y además los ovejeros se negaron a bajar el arreo, porque no les quiso usted pagar lo justo; así que ése no es trabajo mío, y yo solo no podría hacerlo aunque quisiera.

—No es cierto que se hayan negado los ovejeros; la

(5) *Changa*: pitanza.

prueba de que no se negaron, es que Cárdenas irá contigo.

—¿Y por qué no va Marcos?

—Porque Marcos no quiere trabajar, o quiere ganar demasiado.

—Bueno; mejor buscar otro. Yo por cinco pesos por día no voy.

—Te pago ocho.

—Mire, mejor se los paga a Marcos. Este trabajo le corresponde a él y no a mí.

—Así, ¿que no quieres ir? ¡Acaba de una vez! ¿Vas, o no?

—No, no voy—contestó el peón con energía.

—¡Está bien!—replicó el capataz midiéndole con una mirada de odio de arriba a bajo.

Mientras esto ocurría, Marcos ensillaba su caballo, jurando por lo más sagrado que conocía tomar venganza de aquel *carnero*, el cual, después de haber sido testigo de lo que había pasado, aun persistía en bajar con el arreo. La cosa había pasado del modo siguiente: En las primeras horas de la noche, Justo se había presentado al capataz, manifestándole su adhesión; así que, si con ello estaba conforme, él solo se bastaba para arrear, con la ayuda de sus perros, aquellas cuatro o cinco mil ovejas. El capataz, a quien los acontecimientos del día habían puesto en serio apuro, y que estaba decidido a buscarles por las buenas, pagándoles aquel trabajo como extraordinario, al día siguiente aprovechó la coyuntura para poder conservarse en su terreno, esperando que algún peón aceptase con júbilo las proposiciones que él les haría; porque le parecía algo temerario mandar a Justo solo al través de los campos, donde tendría que pernoctar dos noches por lo menos.

Acontecieron las cosas de otra forma de como él las había imaginado, y esto le disgustó. Ante la rotunda negativa de aquel peón, que era el que de todos le inspiraba más confianza, no quiso hacer más preguntas, porque bien se imaginaba que todos estarían de acuerdo en no bajar con el arreo. Toda la culpa la tenía Marcos Montálvez, el eterno instigador de huelgas y desórdenes, quien, con sus necias locuras, les había llenado la cabeza de humo.

—El tanto leer en algo tenía que parar. ¡No sé para qué leen tanto esos animales! ¡Como si los libros les diesen de comer!

Esto dicho entre dientes, entró en la cocina con la cabeza erguida, como hombre superior que no lee ni conoce más mundo que aquel pedazo de tierra, la remota aldea donde nació y el camino del embarcadero, pero, en cambio, que manda, y esto es un grado de superioridad.

III C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

Marcos Montálvez y sus compañeros, después que hubieron ensillado los caballos, tornaron a entrar en la barraca para asegurarse de que nada les quedaba olvidado; luego montaron y partieron al trote corto.

—¿Qué os parece lo de ese desgraciado? Después de lo que pasó con el capataz, que casi nos arroja del despacho y, por último, de la estancia, bajará con el arreo... Lo que realmente merecía era una paliza—deciales Marcos, mientras trotaba su caballo a lo largo de una senda que desaparecía acá y allá entre la nieve.

—Verdaderamente, bien se la merecía—contestó sentencioso el peón que se había negado a realizar este trabajo, orgulloso de su comportamiento.—Pero ¿bajará solo?

—No es posible—dijo un tercero,—porque tiene que rondar el *piño*. Lo que podríamos hacer sería espíarle y venir durante la noche y soltarle el caballo.

—¿Sabes que es una excelente idea?—dijo el otro.

—Pues hagámosla—dijeron los cuatro jinetes a una.

Marcos seguía callando, y cuando le participaron de esta idea, se contentó con decir:

—Darle una buena paliza sería lo mejor.

La idea no pareció del todo mala, pero pronto llegó la reflexión con su inseparable compañero, el *buen sentido*, aconsejándoles la prudencia. Dejarlo a pie en el desierto dilatado no revestía ningún peligro, y el pe-

garle, sí, pues daría cuenta a la policía, y, como en los demás hechos humanos, la obra solapada y rastrera fué aceptada, antes que el procedimiento leal y franco.

Esperar a nuestros enemigos cara a cara y zurrarles echándoles en cara su proceder canallesco, es de caballeros, satisface, pero la alternativa es diferente, menos halagüeña que cuando nos protege la inmunidad y dañamos a mansalva; en este caso, los esbirros no nos perseguirán y el enemigo habrá sufrido su castigo.

—Entonces quedamos en soltarle los caballos?

—Sí—dijeron todos a una voz.

—Bueno; entonces busquemos dónde alojar y esperemos, porque el capataz va a venir con él. Así, durante la noche, les llevaremos los caballos y les dispersamos las ovejas. ¿Qué os parece?—preguntó uno.

—¡Magnífico!—exclamaron todos con entusiasmo.

Y aflojando las riendas a los caballos, principiaron a galopar con rumbo al Norte. Buscaban un lugar adecuado para poder pasar la noche, donde hubiere un matorral y una aguada. Esto es todo lo que necesita un gaucho en la Patagonia, donde el matar una oveja, dejando la piel en condiciones, por la fuerza de las circunstancias, no constituye delito.

Por fin hallaron el paraje deseado, y después de haber desensillado y amarrado los caballos, con el fin de que no se les fuesen lejos, y de haber encendido fuego, se tumbaron a lo largo sobre las pieles de carnero que traían en el *recao* (6), esperando con impaciencia que calentase el agua para tomar mate.

El día seguía nublado; el frío era intenso y el viento que llegaba de la cordillera de los Andes penetraba hasta la médula de los huesos. Las codornices volaban en grupos hacia la costa, lanzando estridentes graznidos, y las avutardas y demás aves de paso cruzaban el espacio en bandadas de forma angular, organizadas, quizás por el instinto de conservación, a cuya cabeza iba el gufa, que marcaba con su vuelo seguro el rumbo y con sus sonoros graznidos el fin de una larga jornada. Una infinidad de aves de la familia de las gallináceas bajaban por los faldeos de las mesetas, ya en parejas,

(6) *Recao*: silla.

ya en bandadas, buscando el fondo de los valles y de las cañadas, siendo todo esto un mal presagio. La pampa se mostraba lúgubre y cruel. A lo lejos, sobre los Andes, se destacaban gigantescos monolitos, que semejabán a titanes con los brazos extendidos.

IV C.D.H.S. - A.E.F.,
Barcelona

No bien el grupo de jinetes traspuso la loma de la hacienda, Justo Cárdenas cogió sus caballos y se apresuró a enjaezarlos, disponiendo uno para el transporte de sus ropas y el otro para él. Terminaba esta faena, cuando llegó el capataz y le dijo:

—¿De veras te animas a bajar tú solo con el arreo?

—Sí; porque iré por el camino y a la segunda noche tendré corral donde encerrar el *piño*...

Después de reflexionar un poco, agregó con el acento solemne de las grandes circunstancias:

—Ya que el otro no quiso ir porque temió el frío, bajaré yo solo y se le demostrará que para nada necesitamos de él.

—No solamente al frío es a quien teme ese *atorrante*, sino que lo que más le espanta es el trabajo. Me tenía ya hasta la garganta; esa gentuza no sirve para otra cosa que para marear a uno con sus protestas, indisponiendo a los trabajadores con sus patronos; pero que no pise más aquí, porque entonces será otra cosa—y diciendo esto, hirió el suelo con el pie, como para demostrar lo que haría si en su poder se hallase.

—A mí—dijo Cárdenas con intención aviesa—me quería obligar por fuerza a ir con ellos. Ese Marcos no va a tener buen paradero.

—¿Dónde has visto ningún vago que lo tuviera?

—Trabajador es—arguyó Cárdenas en un momento de sinceridad.

—¡No digas eso, hombre! ¿Quién te ha dicho que es trabajador? ¿Quieres mayor prueba que la que acaba de dar no queriendo bajar con el arreo?

—Es cierto, pero esquila más de doscientas ovejas por día.

—Eso no es ser trabajador; es ser ambicioso—dijo el capataz como si sentenciara.

Se calló Cárdenas, aunque no ignoraba que el dicho capataz, esquilador en otro tiempo, había dado tal prueba de su incapacidad, que no pudo seguir en ese trabajo. No obstante, era el amo y había que obedecerle.

Montó a caballo y, cogiendo del cabestro el caballo que llevaba las ropas y algunos víveres, llamó a los perros, mientras que el capataz abrió la puerta del redil, y partió con el arreo.

El día seguía nublado; el viento azotaba la llanura, aullando con alaridos de fiera. No era el viento huracanado del Oeste que reina durante el verano en las llanuras australes; era el viento que ruge en la llanura, corriendo del Sur al Norte, precursor de los grandes vendavales, que por lo general acaban con fuertes nevadas. En tales épocas la lluvia no se conoce en esos parajes; por fuerte que sea el viento, no deshíela; su acción consiste en arrastrar la nieve de las lomas al fondo de los valles y a las sinuosidades de los faldeos. Las gargantas desaparecen bajo las nieves hasta la llegada del mes de octubre, la época de los deshielos, cuando cada hondonada se convierte en una laguna, cada garganta en un torrente y cada valle en un río.

Cárdenas pensaba llegar esa noche hasta una hondonada, donde existía un alambrado que formaba ángulo, distante cuatro leguas de la hacienda, a fin de apastorear allí el rebaño durante la noche; pero los días ya demasiado cortos no se lo permitieron, viniendo por su mal a dificultar sus planes un vendaval que le dispersó el rebaño. Trabajó durante tres horas para poder juntar las seis mil ovejas que conducía; pero vanamente. La nieve que caía le hería el rostro, impidiéndole ver a un metro de distancia. Arreciaba el viento silbando en sus oídos como serpientes desesperadas; la nieve caía más tupida, y en conjunto la tempestad desencadenada producía sonidos horribles y acompañados con vibraciones fúnebres que helaban el espíritu.

Los perros, fatigados, con los pies ensangrentados, se negaban a trabajar; el caballo, en vez de galopar,

ensayaba un sobrepaso cansino y pesado, tambaleándose como un borracho, al sentir penetrar el acicate de la espuela en los ijares; Cárdenas, exasperado, tirando de frío, calado hasta la médula de los huesos, hacía inútiles esfuerzos por recuperar el tiempo perdido, juntando las ovejas. En esta ímproba tarea estuvo ocupado hasta que le sorprendió la noche, y entonces recapacitó, comprendiendo en parte el peligro a que se había expuesto; hallábase solo y perdido en la inmensidad solitaria de los campos. Había galopado mucho, dejando tras sí los perros, que no le pudieron seguir en su loco afán de atajar las ovejas; nevaba con tal ímpetu, que era imposible dar cara al viento. Su instinto de conservación le aconsejó salvarse. Quiso tomar un rumbo determinado para poder llegar a poblado, pero su caballo, el único que le quedaba, porque el otro le había abandonado, estaba totalmente cansado, y en vano le espoleaba; el pobre bruto agachaba la cabeza, echaba las orejas hacia atrás y se paraba en seco, exteriorizando así su muda protesta contra la injusticia que con él se cometía. Entonces Justo se desesperaba, lanzando blasfemias contra Dios. El miedo a la muerte le hacía rebelde. La bestia imbecil y estúpida cedía su puesto al hombre, y entonces pensaba: «El capataz, que goza de un buen sueldo, se quedó en la casa, sin otro sobresalto que el miedo a que perdiese las ovejas»; el patrono que usufructuaba el beneficio de su trabajo, estaría a aquellas horas en algún restaurant o cabaret de Buenos Aires disfrutando del confort y buena comodidad que proporciona el trabajo ajeno a esos animales llamados burgueses, mientras que él, que nada tenía, moriría de frío por salvar los intereses de otro, sin ningún beneficio propio, y lo peor aun estaba en que el capataz, a aquella misma hora, pensaría en las ovejas que se le sepultaban entre la nieve, olvidándose de él, que ningún valor tenía. Comprendió entonces que Montálvez no era un loco, ni mucho menos un vago; era el hombre que había sabido sobresalir del montón anónimo para elevarse personalmente, sabiendo apreciar su propio valor.

Pensar que iba a morir en el desierto, aterido de frío, y que el patrón le dedicaría un recuerdo menos cari-

ñoso que a su rebaño, le aterraba. La muerte se le presentaba rígida y helada, blanca y aterradora como el níveo manto que cubriría la llanura. Quiso gritar, pero le faltaron las fuerzas para hacerlo. Sus miembros tullidos adquirirían una rigidez que entorpecía sus articulaciones. Se apeó del caballo como pudo y quiso marchar a pie llevándole del cabestro, pero el pobre bruto se negó a andar, permaneciendo como clavado al suelo; a cada tirón del cabestro, no lograba otra cosa que hacerle mover la cabeza en ademán negativo. Un frío glacial le penetraba hasta la médula de los huesos. Sintió que se le acalambaban las piernas, y ya sin fuerzas para luchar con la bestia, la abandonó, lanzándose solo y al azar. El viento seguía silbando horrísono, levantando trombas de nieve. Sus pies se hundían en las innumerables depresiones del terreno, cayendo de bruces, rodando para levantarse de nuevo.

Los miembros, entumecidos por el frío, a fuerza de movimiento principiaron a reaccionar, entrando en calor, facilitando así la circulación de la sangre; pero ahora se encontraba extenuado; comprendía que pronto le abandonarían las fuerzas; no le quedaban esperanzas de salvación. En cinco leguas a la redonda no conocía población ninguna. ¿Cómo andar cinco leguas arando entre la nieve, cayéndose acá y levantándose acullá? Y luego, ¿en qué dirección se hallaba la población más cercana? Estaba desorientado, perdido en el desierto, sepultado hasta la cintura entre la nieve. Había galopado tres cuartos de hora a la ventura, guiado solamente con el afán de juntar las ovejas; y ahora, de a pie, envuelto en la lóbreguez sombría de la noche, ¿cómo le iba a ser posible orientarse? Pero la esperanza es la compañera inseparable del infortunio. Cárdenas tenía esperanza. Andaba al azar; a cada paso se caía, rodando al fondo de las profundas zanjas que los torrentes habían cavado en las gargantas del valle, pero de nuevo se levantaba para emprender la trabajosa marcha, con la desesperación propia de los casos extremos. Era el átomo caído en el caos que en vano se rebela contra la fuerza de lo desconocido. El viento, silbando horrísono, prolongaba su sonido fúnebre y aterrador como una trompeta de lo desconocido que to-

case a rebato. Y a cada golpe de viento que pasaba huracanado, arrastrando en pos de sí trombas de nieve, Cárdenas contestaba con un esfuerzo inútil y una imprecación contra la oculta potestad que desencadenaba los elementos, mientras rodaba como un fardo por la falda de las mesetas. Le parecía escuchar en la loma la risa sarcástica de Gualichi (7).

Llegó al fondo del valle y su corazón se inundó de alegría. A corto trecho columbró una claridad que semejaba a una aurora en medio las penumbras de la noche. Comprendió que era el vivac de algún gaucho. ¿Quién podría ser? En aquella época del año los indios y el *gauchaje* emigraban hacia el Norte. Cárdenas no reflexionó sobre este particular. Lo que sí le importaba era llegar a aquel campamento, fuese no importa de quién. Guiado por la luz a lo lejos vislumbra, intentó cruzar el valle, pero apenas había dado algunos pasos comprendió que le sería imposible realizar tal empresa; había tal cantidad de nieve, que cuanto más avanzaba más se hundía, hasta el extremo de no poder moverse. Pretendía asirse con las manos, forcejeaba, empleando las pocas fuerzas que le quedaban, pero todo inútilmente. Sentía que le faltaban las fuerzas, que le flaqueaban las piernas; dió fuertes gritos de desesperación, pero acabó por enmudecer, y danzando entre la vida y la muerte trataba de aferrarse a la vida como el náufrago a la tabla de salvación.

Gradualmente fué perdiendo el sentido y sintiendo una pesadez aplastante sobre su cerebro, y ya no tuvo una idea clara de lo trágico del momento, ni su cuerpo fué susceptible al cambio que por los efectos del frío y la calor había experimentado al ponerse la sangre en circulación.

(7) Entre los indios tehuelches, genio del mal.

V

Montálvez, con el mate en la mano chupaba con parsimonia el amargo breva, prestando oído atento hacia la pampa, donde rugía el huracán. A corta distancia se oía el certero de la yegua *madrina* con eco lento y acompasado que se perdía en la inmensidad. El perro levantaba la cabeza, inclinaba las orejas hacia adelante y oteaba, escrutando con mirada inquieta la obscuridad mientras que el huracán seguía rugiendo, azotando las peladas lomas y sacudiendo el matorral donde estaban acampados.

Aquellos hombres nómadas, que durante una época del año prestaban su concurso al desenvolvimiento de la industria de la lana para pasar el resto del año al margen de la ley, emprendían ahora la ruta hacia el norte, teniendo como perspectiva la pampa solitaria y la esperanza de un clima más benigno. Ahora, sin tener para nada en cuenta la ventisca, permanecían impávidos y silenciosos, chupando mate, indiferentes a cuanto les rodeaba. Dormirían en el suelo, mullidos los cuerpos con pieles de carnero, para amanecer cubiertos de una gruesa capa de nieve al día siguiente, y luego emprenderían su marcha llevando como norte el sol, a semejanza de los aztecas y otros pueblos que en la prehistoria realizaron movimientos análogos.

—Nosotros somos los parias del desierto—dijo Montálvez, acariciando su barba roja con una mano, mientras que con la otra sostenía el mate;—los acaparadores del suelo nos arrojan de sus dominios y nos persiguen como se persiguen los pumas. El gaucho tradicional del chiripá y las botas de potro, hospitalario y valiente, fué sustituido por el gringo mezquino; el rancho por la hacienda, donde ladraron los perros al pasajero con encarnizamiento, haciéndose solidarios con las ideas inhospitalarias del amo; y nosotros, pobres parias del desierto, somos explotados en el verano para luego ser arrojados de las haciendas en el invierno; y luego

se nos da el calificativo de *atorrantes* a nosotros que somos el alma de este movimiento industrial y progresivo en el orden económico que se viene observando en el país...

Montálvez se calló un momento. Por su mente galopaban mil ideas de venganza, mil recuerdos. Se acordaba de sus andanzas al través de las provincias, durmiendo en despoblado, y aun sentía como una amenaza para el porvenir. Por su mente, como reflejadas en un calidoscopio, pasaban las imágenes dolorosas del pasado. En todas partes había encontrado el mismo cuadro: los explotados indolentes, apáticos y dóciles, sumidos en su condición abyecta, y los explotadores satisfechos de su obra.

—¿No os parece que se oyen voces?—dijo de pronto Montálvez a sus compañeros, volviéndose hacia el valle.

—Es la tempestad—dijo uno.

—Escuchad con atención—repitió éste.

Los amigos de Montálvez, que pernoctaban en el fondo del valle sentados al amor de una gran hoguera y resguardados detrás de un tupido matorral de calafate, prestaron atento oído y les pareció oír algo así como gritos inarticulados, ahogados por el fragor intermitente de la tempestad. Un perro que dormitaba al lado de la hoguera, con el hocico apoyado sobre sus patas delanteras, sacudió la cabeza, inclinó las orejas, oteó en varias direcciones y por fin ladró dos o tres veces, dirigiéndose hacia el lugar de donde debían partir las voces.

—¡Son voces! ¿No habéis oído?—dijo Montálvez levantándose.

—Sí—contestó uno de los compañeros chupando el mate.—Pero ¿quién puede ser a esta hora y en estos lugares?

—Sea quien sea, nuestro deber es el de ir a ver quién es y prestarle auxilio.

—No faltaba más...—dijo uno que estaba estirado entre el matorral y la hoguera; los otros se cubrían con mantas.—¿Quién sabe si no son ellos mismos! ¿Sabéis que me alegraría que fuesen...?

—¿Para qué?—preguntó un tercero.

—No lo sé, pero me alegraría.

—Sea quien sea, tenemos el deber de salvarle—dijo Montálvez, y levantándose se dirigió al lugar de donde parecían partir las voces, precedido del perro.

Los demás siguieron su ejemplo. Pronto se hicieron las voces más distintas. Intentaron atravesar el valle, pero el huracán había depositado tanta cantidad de nieve en el valle, que era nada menos que imposible el tránsito.

Principiaron a debilitarse los gritos y luego ya no se oyó otra cosa que el zumbido del huracán, que seguía entonando su trágica canción en el desierto.

Durante largo rato vagaron a la ventura, haciendo inútiles esfuerzos para encontrar la víctima. Ya estaban desesperados, a punto de abandonar la tarea, cuando el perro de Montálvez ladró a corta distancia.

—Aquí donde ladra el perro debe de estar—observó Montálvez.

Y, en efecto, en aquel lugar hallaron exánime y rígido el cuerpo de Cárdenas.

—Es él—dijo uno, reconociéndole.—He aquí el pago que halló este desgraciado.

Nada contestó Montálvez. Le cogieron entre todos y le llevaron al lado de la hoguera, y quitándole la ropa le dieron fuertes fricciones con una *matra* (8) a fin de reanimarle. Montálvez aconsejó a sus compañeros que no le recordasen su mala acción, ya que el azar le había deparado su merecido castigo; quizá este incidente obra-se en su espíritu un completo cambio.

Cárdenas abrió los ojos, y, al estrechar la mano que Montálvez le tendía, se sintió avergonzado, habiendo preferido la muerte antes que la vergüenza de ser salvado por los mismos que él acababa de traicionar.

C.D.H.S.-A.E.P.
Barcelona

(8) Manta pequeña y fuerte que tejen los indios.

C.D.H.S.-A.E.P.
Barcelona

¡AL JABALI!

Las gentes, en el pueblo—un pueblo gris como aquel de que nos hablara Rusiñol,—le tenían por loco.

El tiempo que quedábale libre de sus tareas escolares lo dedicaba a pasear por los campos con su libro bajo el brazo o ante los ojos, borrachos éstos ya de luz y de la belleza del paisaje.

No había otro como él en el poblacho miserable, de casas rústicas, como el alma de sus moradores, que dormía siempre al abrigo de aquellas montañas.

Las mujeres le admiraban un poco envidiosas para sus hombres de las virtudes que el tal supuesto loco poseía. No fumaba. No bebía. Ni jugaba. Jamás le vieron en una taberna. Y cuando giraba una visita al Centro del lugar, en el que se carecía de biblioteca, pero jugábase a todo y de todo género de licores se abusaba hasta la beodez, únicamente deteníase el tiempo justo, los minutos indispensables para un cambio de impresiones con los amigos.

Conociéndole los humildes pueblerinos por el nombre de Miguel, a secas, sin apellido alguno, aunque él los tuviese, como es natural.

Mas dieron en llamarle don Miguelito y en ello se quedó.

...Regía la Escuela del lugar, e hízose querer de los chicos sin otros méritos que los de su natural bondadoso y tierno.

Pero como, entre todas las bellas cualidades que le adornaban tenía ésta de su afición al estudio solitario por los montes y los valles, la gente dió en atribuirle como *único defecto*, ya que otro no le pudieron hallar

por más que se lo buscaran, el de su locura por los papeles *imprentaos*.

Y comentaban a su paso, pues era oficio este que gustaban proporcionar a sus lenguas las gentes aquellas:

—Cada loco con su tema... ¡Infeliz!

—¡Pobre don Miguelito! Hasta los letreros de las tiendas hale dado por leer...

Seremos justos. Decían un poco de verdad.

Don Miguelito gustaba de pararse, quedándose embobado ante rótulos como éste:

CEBEN DE VACA LADO

Hasta le habían visto sonreír irónico parado en una esquina, en la puerta de un establecimiento en donde, junto con el *vaca-lado*, con la salchicha y con el queso, vendíanse calcetines y camisas. El letrerito era por demás gracioso:

CA MISERIA

Es decir: que, en buen andaluz, en aquella *Camisería* había *ca miseria*... El chiste no mintió...

Don Miguelito sentía verdadera conmiseración por los que no sabían escribir un simple cartel con todos sus puntos y sus comas.

Mas, de igual modo, los lugareños le tenían lástima a él; y no poca.

—¡Válganos Dios! ¿Qué habrá visto don Miguelito en este anuncio para reírse tanto?...

Y lo leía todo... Y las impresiones de sus lecturas le salían a los ojos, ya en risas, o bien en lágrimas.

—Pos no va *yorando* don *Migué*...

—Digo... Pos no se ríe como un *chiquiyo*.

Las obreritas de las colonias fabriles cercanas veíanle pasar todas las tardes camino de no se sabía dónde. Y charlaban de él:

—Es un buen sujeto este don *Migué*, ¿verdá?

—Sí, hijas, pero está ido de la *cafetera* por los libros.

—Da gusto *de* oírlo hablar.

—Loco y todo, haría la dicha de cualquiera de nosotras.

—¡Quién sabe!...

—Tiene mucho talento.

—*Pa* lo que yo había de quererle...

—Miren la bruta.

—Si te oyera...

—Los sabios, a veces resultan unos ignorantes en las cosas del matrimonio.

—Pero no en las del querer.

—Pues, niñas, ¿qué es, entonces, el matrimonio?

—¿Vamos a preguntárselo a la tía Antonia que viene ahí y ha *sío* viuda cuatro veces?

Abordaron ruidosamente a la aludida. Y con el alborozo propio de la edad (unas chiquillas todas), la interpellaron con malicia:

—Tía Antonia... ¿Usted por qué se casó?...

—Hijas, vaya una pregunta... Pues... porque necesitaba a un hombre a mi *lao*...

—¿Lo veis?... A su *lao* y en la cama...

—¿El qué?

—Mirar la loca...

—*Cayarse*.

—Pero usted lo querría, ¿verdad?

—¿A cuál de los cinco?

—Es cierto que con este de ahora ha *tenio* cinco.

—Pero uno tras de otro; no vayáis a pensar. Y dejarme ya, que tengo prisa; que me espera mi quinto *mario*, *qu'es pa* estas cosas *der* matrimonio un verdadero quinto. Me *tié* siempre *d'imaginaria*.

Don Miguelito, sin embargo del *don* que le habían dado sin él pedirselo a nadie, y del diminutivo de su nombre, no era viejo, ni mucho menos. Dígalo, no su cédula, porque no la gasta, sino su aspecto juvenil y simpático. Veinticinco cuenta y nadie lo dijera en verdad. Veinte representa tan sólo...

No pasaba jamás en silencio ante una mala acción. Sus protestas, no obstante, eran bondadosas reconvencciones... Trataba de convencer. Nunca de castigar.

Un día riñeron en clase dos pequeños por una tontería, por lo que casi siempre riñen los chicos, y hasta los grandes. Don Miguel los hizo poner de pie. Cogidos ambos por las manos. En señal de paz. Ante el silencio general de los muchachos, interrumpida su lección de gramática, que explicaba cuando sobrevino la trifulca infantil, puesto de pie, con voz serena y un tanto conmovida, habló de las guerras; de los odios entre pueblos; de los egoísmos entre hermanos, por virtud de los cuales la familia humana sólo viene a ser una despreciable partícula vandálica.

Los chicos le escuchaban absortos, si bien más atentos al tono un tanto declamatorio de su arenga, que a las razones que aducía y cuyo valor no alcanzaban las pobres criaturas aquellas...

¿Es que creía hallarse ante otro auditorio más competente? No, en realidad. Don Miguelito se sabía al dedillo su noble apostolado social. Conocía el terreno, y aunque sembraba sin pensar en la cosecha, era lo cierto que siempre obtenía una óptima recolección. Hablaba allí como hubiese podido hablar en otro sitio cualquiera; por una necesidad de su espíritu solliviantado, lleno de cólera serena que nos atreveremos a llamar santa. Se indignaba contra el acto de los pequeños contendientes. No contra ellos, en verdad. Y esta indignación hacíale olvidar cuanto le rodeaba. Olvidábase hasta de sí propio para pensar únicamente en el modo de dar salida a su coraje.

Por haber amado mucho se encontraba ahora solo como un hongo, *solito en el mundo*, teniéndolo que adular una migaja—¿cómo le repugnaba!, ¡qué asco!—para que le permitiese vivir, ser un *ciudadano* más, comer el cacho de pan que (bien lo comprendía) no le daban por su saber, sino por su paciencia igual a la de Job.

A los chicos no se los llevaban a la escuela para que los educase e hiciese de ellos hombres, en el verdadero sentido de la palabra. No.

Que aprendiesen a leer y a escribir y a contar para.

que pudieran ser *gente de pluma*, empleados de aquellos que se ganaban buenos sueldos *haciendo como que hacían*. Tal vez cabos o sargentos cuando fuesen al servicio del rey. ¡Quién sabe si secretarios de algún Ayuntamiento, concejales o diputados! Alcaldes, no, que sin saber leer había podido serlo el del lugar.

No obstante, Miguel trabajaba. Con fe. Con verdadero interés. ¿Y si alguno de aquellos alumnos salía capaz de trasponer los cerros y, sin renegar de su origen humilde, hacíase *grande*?...

A las clases de noche asistía una muchacha pobre. Como todos los discípulos suyos—pies descalzos, ropas corcucidas,—toda ingenuidad y rudeza. Fuensanta se llamaba.

De día no érale posible acudir a las clases. Guardaba las ovejas del señor. Un buen rebaño, cuyo mastín, con ella, con la zagala del cuento, defendía de las posibles dentelladas del lobo.

Era Fuensanta un *Manelic* con faldas. Deseosa como pocas de aprender muchas cosas de la *tierra baja* para llevárselas allá a lo alto, a los enhiestos picachos de la montaña que se perdían entre las nubes.

—Maestro, ¿se hace así?

—Así se hace, chiquilla...

Miguel no quería mirarla frente a frente. ¿Qué tenía en los ojos esta criatura de catorce años que parecían veinte? ¿Qué tenía? Todo el sol de allá arriba. Toda la luz de las alturas. La viveza del águila. El fuego que arde en las cumbres cuando los pinares arden. La dureza de las rocas puntiagudas sobre las cuales se hace un jirón la nube. Tenía eso. Todo eso. Y más...

—¿Fuensanta!—decíase a solas don Miguel.—¿Para qué has venido?... ¿Por qué te me atraviesas en la senda estrecha, llena de guijarros? ¡Fuensanta, Fuensanta! ¿Apagarás mi sed?

* * *

¿Por qué había venido aquella naturaleza casi salvaje, hecha al frío y al calor, a las nieves y al relámpago, al trueno y a las lluvias?

C.D.B.S. A.R.P.
Barcelona

Ella misma se lo dijo al llegar hasta él en demanda de su sabiduría.

—Quiero que me enseñes a leer y a escribir, ¿sabes?

—Te enseñaré... ¿Qué eres tú?

—Pastora.

—¿Y qué quieres ser?

—Pastora.

Entre todos los que asistían a las clases de noche era ésta la sola alumna que no venía a aprender para dejar de ser un día lo que en el presente era... Hallábase contenta de su trabajo. ¿Para qué cambiar el cielo limpio, nítidamente azul y aromado de mil perfumes delicados del campo, por el otro de acá abajo, apestoso y asfixiante?

—¿Ayudas a tus padres ya tan joven?

—Van siendo viejos.

—¿Tú sola guardas el rebaño?

—Me acompaña «Leal».

—¿Un perro?

—Mejor que los hombres... Muerde sin ladrar.

—¿No les tienes miedo a las fieras?

—¿A qué?

—A los lobos, al jabalí, al gato montés...

—«Leal» y yo haríamos cama *reonda* con ellos si el hambre no los lanzara contra nosotros.

—¿Hay hambre por allá arriba?

—La que sobra aquí abajo.

—¿Cómo?

—Cortan la maleza. Talan los bosques. Y ni *pa* los pájaros quedan ramas donde colgar los *nios*.

—¿A dónde llevas el ganado mañana?

—Al campo.

—Pero ¿a qué sitio?

—Junto a la *Peña el Aguila*. ¿Por qué?

Los ojos de Fuensanta se clavaron en los de Miguel con la misma ansia de saber con que se clavaban en las gruesas letras del abecedario...

—¿Por qué?...—hubo de repetir ella.

—Por nada, mujer... Mañana sacaré a los chicos de paseo. Llevaremos las meriendas. Quisiera que me dijese si cerca de donde tú te halles hay una fuente en la que podamos aplacar la sed.

—La hay. Sale el agua por entre peñascos. Salta. Brinca. Como un corzo. Y luego, abajo, en un barranco, forma un pozo en donde lo mismo que *pué* beberse *pué* uno ahogarse.

—Llevaremos jarros...

—Ya no es la misma agua entonces.

—¿Por qué?

—Sabe mejor si se bebe allí mismo. *Tendios*. Contra las piedras del brocal rebosante. Los labios en el agua y los ojos abiertos mirando lo que hay *drento*... en lo *jondo*.

—¿Qué hay?

Miguel se había quedado solo con Fuensanta en el local. Los tres o cuatro discípulos que quedaban al iniciarse el diálogo dieron las buenas noches y salieron. No quiso soltar la lengua para contarle a la pastora la pena que borbotaba en su alma como el agua del manantial aquel. ¿Lo comprendería, además? Su corazón, angustiado por los dolores suyos y los ajenos, era como el pozo de que le hablaba ella. ¿Qué vería Fuensanta si un día, sedienta de amor, quisiera asomársele al corazón?

—¿Qué hay en lo *jondo*... *drento* el pozo donde vamos a beber mañana?

Fué ahora Miguel quien clavó sus miradas en los ojos de la bella pastora. Pero ésta ni siquiera se ruborizó.

—Mañana lo verás...

Ya no era preciso. Bien lo había visto. Puestos sus labios en aquellos labios con una sed infinita de besos, asomárase por los ojos, plenos de luz de altura, de Fuensanta, para leer en el fondo del pozo de su alma los misterios del amor.

Era tarde ya. La maledicencia esperaba a la puerta de la escuela, con forma de criatura, para cebarse en los dos.

Todo el pueblo lo supo. Fuensanta y don Miguelito —miren los dos mosquitas muertas— se hablaban y miraban de un modo que... ya, ya... Y se habían quedado solos... mucho rato... lo suficiente para...

Nosotros no sabríamos decir con exactitud qué cosa es una mala lengua... Ponedia un cáncer. Cortadía.

Arrojada al suelo. Y lo mismo que los rabos de las lagartijas dará saltitos. Culebreará. Seguirá ranchando las honras ajenas, sin preocuparse de más nada. En nuestras luchas por la vida nos hemos tenido que enfrentar muchas veces con todo género de maldades. Esa es la peor. Ni el desprecio la vence. Ni la muerte la acaba. «Calumnia, que *algo* queda». ¿Lo sabe eso el calumniador? Lo sabe. Como en el drama de Echegaray, muchas veces, la mentira que una mala lengua vierte toma caracteres de verdad y acaba por serlo.

«Se habían quedado solos... Mucho rato... Lo suficiente para...»

Los que tengáis sed de Verdad acercaos a beber sus aguas... Al través de su transparencia veréis lo que se mueve allá en el fondo. *Drento*. En lo *jondo*, como dice Fuensanta... El rabo de lagartija. La mala lengua...

Bebed, sin embargo... Que es mal que no se pega cuando la conciencia tiene la transparencia del cristal. ¡Bebed! ¡Bebed la verdad! ¡Pero siempre con los ojos muy abiertos!

*** C.D.H.S. - A.E.P

Barcelona

¡Se han ido! ¡Puño! ¡El maestro y la pastora se han ido!... ¿A dónde? ¿Por dónde? Nadie sino ellos lo sabe... Y «Leal» ... Pero «Leal» no hablará... «Leal» es leal. Poco le importa ya la suerte del rebaño al perro. Que cada cual se defienda la justicia que tenga de su parte. Además, estaba harto de defender del lobo a las ovejas para verlas llevar luego al matadero a que se las comieran los hombres. A «Leal» hacía tiempo que le daban asco las ovejas por su mansedumbre. El no era un can como los demás. Con Fuensanta, sí; a todas partes y pronto a todo... Por poco si le clava los colmillos a Miguel el primer día. ¿Era lobo? ¿Venía por la oveja-pastora? Enseguida dióse cuenta de que su amita y el maestro se querían. Su alma de perro sintióse alborozada. Ladró entonces. De alegría. Y saltando y ladrando «Leal»; y diciéndose cosas dulces,

como la miel de los panales, monte arriba unas veces, por entre zarzales cuyas púas resbalaban por sus carnes otras, se perdieron en una umbría los tres.

Ni guardia civil ni nada... Organizáronse partidas de mozos. Volaron los avisos telegráficos. Que no. Ni rastro... Todo inútil... Como si les hubiese tragado la tierra... Mismamente lo parecía.

¡Cuánta rabia pusieron en la persecución!

A sueldo no lo hubiesen hecho mejor aquellas pobres gentes del lugar.

En la frente la idea innoble de la caza al hombre.

En el pecho un rencor inexplicable, ya que la pastora y el maestro se querían profundamente y a nadie le debían la explicación de su conducta.

Durante mucho tiempo fué tema obligado de toda charla el caso de Fuensanta y don Miguelito.

El cura no desaprovechó la ocasión para despotricar desde el púlpito contra los impíos, cuya moral asemejábase bastante a la de los perros.

¡Ah, si «Leal» tuviese el don de la palabra y pudiera discutir con el tonsurado señor!

¡Moral de perros! Mejor que mejor. Al menos no se matan como los hombres, por dinero ni por *amor*. No hay los celos con sus consecuencias trágicas. Ni los hijos abandonados, estrangulados al nacer, en evitación de una deshonra hecha de apariencias estúpidas.

Viejo honor que huele a orín en la hembra y que el hombre cifra en una palabra tan vana, tan necia. Pundonor de guardarropía... Un lance. ¿No lo habéis visto? La pistola. La espada. La destreza del más hábil. Y se lava la afrenta así. Como si fuese una camisa, una prenda cualquiera de uso particular.

El señor es un caballero. La señora una dama de honor. Descubrílos. Torced el espinazo.

La moral de esos dos... señores no es de perros; quieren decir que no se aman al aire libre.

La sociedad pierde. Ella, la dama de honor, tiene queridos respetables que son respetados en los grandes salones aristocráticos... El juega, bebe y j... como una acémila.

No. No son ellos como los perros para las cosas del amor. Aunque tengan alma de perros para los frutos de su amor.

El cura del pueblo está en el uso de la palabra y sale por los fueros de la Vieja Moral.

Adán y Eva. Dios. El paraíso. La serpiente. La manzana.

Los pobres lugareños saben que todo aquello es a propósito de la escapatoria de los dos amantes.

Piensan en el pecado de la carne sin olvidar lo sabrosa que ella está.

* * C. D. R. S. - A. E. F.

Barcelona

El pueblo casi no se acordaba ya. Habían transcurrido varios meses. Únicamente en el hogar de Fuen-santa no olvidábase a los fugitivos. Cuando se hablaba de ello la madre de la pastorcilla se daba al lloro. Al padre poníasele temblonas las piernas y las manos se le iban a la escopeta. Vomitaba una amenaza después:

—¡Canalla! Se *l'ha llevao* de mala manera. Como un lobo... Y como al lobo lo voy a perseguir yo... *Entoavía* me siento fuerte. ¡Canalla!

Una mañana, en silencio, encollaró la jauría (cuatro o seis hermosos y fieros mastines), púsose la canana al cinto y con la escopeta de dos caños al hombro partió... El viejo prejuicio moral le empujaba cuesta arriba, por entre zarzales también. De barranco en barranco. De precipicio en precipicio. El tenía la sospecha clavada en la frente hacia tiempo.

—¿Estarán en la cueva del Gato *escondíos*? ¿Estarán?

Púsose al acecho en la meseta de enfrente. Los mastines ladraban. De un modo extraño. Persistente. Desesperado. ¿Qué sería? Salió de su escondite el viejo en el preciso instante en que pasaba perseguido el jabalí. Era éste un hermoso ejemplar. Pura raza de la que es un degenerado el puercu que comemos. Hombre y fiera se vieron frente a frente bien pronto. La escopeta vomitó un plomo. Dos... Y el jabalí, sangrante, bramó también. Acorralad al, ser más inofensivo de la tierra. Perseguido. Maltratado. Heridlo... Si no lo fuera le trocaríais en jabalí. El animal tenía fiebre de amor por sus hijuelos. Estaba en celo por el macho si era hembra. O por la hembra si era macho. El viejo desenvainó su cuchillo. El animal fuéase encima después de tumbar panza arriba a un perro. A dos. A tres... La hoja del acero brilló al sol. Pero los colmillos del feroz jabalí tiraron al vientre del hombre mucho antes. Trágico el encuentro sobre aquel desnivel del terreno. Un paso más y la pendiente era fatal.

Por ella rodaron al fin los dos contendientes. Colmillos y puñal enganchados en la carne.

Y sobre un lecho de zarza, cara al cielo impasible y sereno, perdido el conocimiento, quedó el padre de Fuen-santa. El jabalí corrió arrastrándose casi. El amor lo empujaba sin duda hacia la pobre madriguera, olvidado de sus heridas.

* * *

En la montaña seguían los perros aullando desesperadamente. En agonía quizó.

Y lejos, en la cañada, por la parte de la fuente de Pinos-Altos, ofase este cantar, mientras languidecía la tarde:

Déjame libre si quieres
vivir libre como yo;
no provoques a la fiera,
que es mansa por el amor.

* * *

Ellos le recogieron de allí. «Leal» lo descubrió. Y ved cómo el lobo de Miguel, para el cual cargara con plomo su escopeta un hombre, salvó la vida del que se propusiera acabar con la suya.

*** C.D.H.S. - A.E.P.

Barcelona

Fué el viejo quien les pidió perdón después. Noticioso el pueblo rindió homenaje de simpatía a los que antes persiguió con saña cruel, como a fieras, por el solo delito de querer ser libres en amor y en todo.

Miguel tornó a su escuela reclamado por los padres de sus alumnos. Y Fuensanta a ser la pastora de siempre, pero sabiendo ya leer...

Y sobre las altas rocas, en los alrededores apacibles, las ovejas a un lado mordisqueando el pasto, los chicos a otro saltando alegres, libres de la pesadez abrumadora de las lecciones en lugar cerrado, ellos, Fuensanta, Miguel y el mastín «Leal» forman un grupo de égloga digno del pincel del mejor artista.

Suenan las esquilas del rebaño. Cantan los chicos. Miguel explica a Fuensanta su lección con el brazo extendido señalando un lugar del cielo:

—Aquella estrella que brilla tanto...

—Sí...

—...aquella que ves asomar en el horizonte y que parece tan chiquita... tiene luz propia y es tan grande como el Sol... ¿No lo crees?

—¿Por qué no, si me lo dices tú?

—Es preciso que lo comprendas.

—Si ya sé que no me engañas... Tengo sed, Miguel.

—Toma el cantarillo... Bebe, criatura.

—No. Abajo... En la fuente de Pinos-Altos...

Anochece ya. Suena un beso...

«Leal» salta de contento por entre el ganado y la turba escolar...

En el espacio queda todo como envuelto en un hálito de vida mejor...

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Los hijos del amor

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela en que se sostiene la tesis de que el fruto de las uniones naturales es superior al de los amores legales

Ejemplar: 1'50 ptas.; tercera edición

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Renacer

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela de elevación moral, amor libre, por medio del cual se principia una artista que vió vender su cuerpo

Ejemplar: 2 ptas.